

XXXII CUANDO EL CHULO SE PARTIÓ EN DOS

- 1) En jurisdicción de Panchimalco, a 2 Kms. al Noroeste y dentro del complejo turístico de Los Planes de Henderos, se alza a 1.131 m. sobre el nivel del mar una eminencia peñascosa y abrupta, hendida en su riñón, casi desprovista de vegetación y conocida por los lugareños como cerro El Chulo.

Esta masa orográfica, compuesta de dos secciones separadas por una escotadura o garganta que don Raúl Contreras, de grata memoria, bautizó con el gráfico nombre de "Puerta del Diablo", ocupa el borde o labio de una profunda falla, orientada de Norte a Sur y que descubrí en 1951, en cuyo fondo pétreo está asentada la comunidad de Panchimalco.

Los materiales líticos que constituyen este collado son rocas talpe-tatosas, guijarros o cantos rodados, barro y lavas pórfido-traquíticas, y por ninguno de sus contornos se manifiesta el más mínimo fenómeno del volcanismo: todos sus manantiales son de aguas frescas, cristalinas y potables.

El topónimo Chulo, en idioma náhuat, proviene de chul, shul, shúlul, desertor, fugitivo; y o, aféresis de co, cu, donde, lugar. De tal modo, que vertido al castellano suena: "lugar del desertor" o "lugar del fugitivo".

- 2) En la segunda mitad del siglo XVIII hubo en El Salvador fondos trastornos pluviales y señaladamente la Cadena Costera experimentó las consecuencias de repetidos fenómenos atmosféricos vulgarmente llamados "diluvios", consistentes en copiosísimos temporales que duran varios días, hacen salir de sus madres a los ríos y producen grandes derrumbos sobre todo en las faldas de los oteros, colinas y sierras.

En los días 8, 9 y 10 de octubre de 1762, julio de 1774 y 15 de octubre de 1781, se registraron los más notables "diluvios" que consignan los documentos históricos de la colonia. Posteriormente, el país ha sufrido cuantiosos daños materiales y personales, con ocasión de los "diluvios" del 16 de octubre de 1852, 17 de octubre de 1906, 13 de junio de 1922 y 7 de junio de 1934.

- 3) El diluvio de octubre de 1762 fue, sin duda, excepcional. Llovió impetuosamente, con vientos huracanados, durante varios días, y el pueblecito indígena de Santa Cruz Panchimalco no escapó a la furia de este fenómeno acuoso. El 8 - día de Santa Brígida - llovió a cántaros, incesantemente y a tal punto que en cada lugar parecía que allí caían todas las aguas del cielo. Densos nubarrones hacían difícil la visibilidad y nadie podía abandonar sus hogares so pena de ser convertido en un mar de aguas. Muchas tapias y paredes de adobes, lamidas o erosionadas por las lluvias, se desplomaron aumentando la angustia de sus moradores.

De repente El Chulo, antes un cerro compacto y homogéneo, fue minado en su base por los caudales pluviales y una porción apreciable de él, en medio de un ruido hórrido y atronador, rodó por el abismo destruyendo cuanto se interpuso a su paso. La tierra se estremeció ante aquel magno desgarramiento. Muchas viviendas y sus ocupantes quedaron sepultados bajo centenares de metros cúbicos de lodo, cantos rodados, lajas y otras rocas, y la repunta de la avenida o deslave formó un arrollador torrente que arrastró consigo a otros infortunados vecinos de Panchimalco. ¡Así ocurrió la gran tragedia!

La quebradita "La Trinchera" adquirió este nombre, se consigna en un informe municipal de Panchimalco, de 20 de noviembre de 1860, "por un suceso de que conservan una imperfecta idea, y es, que el cerro llamado Chulo hizo una gran avenida y se llevó muchas casas y en ellas a los vecinos; y a este punto La Trinchera se fueron a detener".

En 1870, el Pbro. Manuel de Jesús Escobar, recogió de ancianos de Panchimalco la versión tradicional de que sus abuelos les contaban: "que el pueblo fue destruido por haber venido el Chulo que era entero y entonces se partió, que se llenó el cauce y sólo quedaron vivos los que se ampararon en la Iglesia, que de

ahí viene el nombre de Trincheras por los montones de cadáveres que se encontraron y río de los Muertos a la confluencia de los dos ríos que rodean este pueblo".

En el archivo de la curia de Panchimalco existe un documento signado por el Pbro. Joseph Mig(uel). Buenvezino, el 15 de octubre de 1762, que dice: "Certifico: Yo el Teniente de Cura actual de este partido: que el día 8 de octubre del año mil setecientos sesenta y dos: Acaeció una inundación de agua en este pueblo de S(an)ta Cruz Panchimalco, en la que me hallé presente"; luego da una lista detallada de 22 cadáveres identificados, más "cinco o seis cuerpos que al cabo de cuatro días se hallaron en la playa del río y no se conoció de quienes eran, por estar muy desfigurados" y marginalmente anota: "Esto sucedió viernes a las ocho de la noche, día de S(an)ta. Brígida".

(Tomado de "El Diario de Hoy", de 1'9 de marzo de 1977).



LOS CERROS QUEMADOS DE ILOPANGO

Rocas lávicas que emergieron casi en el centro del lago de Ilopango, el 21 de enero de 1880, y que constituyen una de las más notables curiosidades geográficas de América. Las rocas incandescentes surgieron de una profundidad mayor de 230 m.

Foto de 1939. Tomada por D. Aníbal Salazar.

XXXIII "HA REVENTADO EL TEMAPACHE"

- 1) Panchimalco, un pueblo yaqui o pipil precolombino, ocupa el fondo peñascoso de una falla geológica que exhibe una caprichosa topografía.

En lengua náhuat, Panchimalco (de pant, bandera; chimal, escudo; y co, lugar), quiere decir: "lugar de escudos y banderas" y en sentido figurado "fortaleza", sin duda alguna porque dicho sitio era inaccesible en los tiempos pretéritos y muy fácil de defender ante el asalto, el robo y el pillaje. ¡Lástima grande que los documentos no hayan recogido las páginas de heroísmo de "los panchos" defendiendo el inexpugnable peñol del Chulo!

Dos ríos serpentean en el casco de esta población: el Chanacíhuat y el Cuitapán, más otras fuentes o vertientes, que 1½ Kms. al Sur, se reúnen formando un caudal muy hermoso nombrado Guayataxti o "los encuentros".

Panchimalco ha experimentado, en los siglos XIX y XX, muchos destrozos a raíz de copiosos temporales o "diluvios", pero de menor intensidad que el del 8 de octubre de 1762, que hendió y partió en dos el cerro El Chulo.

- 2) En 1906 era cura párroco de esta localidad el Pbro. Manuel de Jesús Escobar. Debió vivir largos años en el curato, pues en 1870 ya estaba en ese ministerio y, según su propio testimonio, ese año recogió informes tradicionales sobre la primera reventazón del cerro El Chulo.

A mediados de octubre de 1906, la estación de las lluvias registró una desusada precipitación pluvial y ésta causó destrucción y ruina en San Salvador, Panchimalco y en general en las poblaciones de la Cadena Costera. La lluvia amainaba por ratos, pero a partir de la madrugada del día 17 no cesó ni un instante. La obscuridad cada vez más intensa, el viento húmedo que soplabá por ráfagas intempestuosas, la tristeza que infundía la mortecina lumbre de las velas, la imposibilidad de una fácil comunicación con los vecinos para juntos llamar a Dios el fin del fenómeno o para consolarse mutuamente, el ruido ronco del torrente que bajaba de las montañas arrastrando cuantiosos materiales de erosión y árboles corpulentos, daban al indiano pueblo un toque lúgubre y sombrío. Por otra parte, los vecinos del barrio de San Esteban quedaron

aislados, pues el riachuelo que lo separaba del resto de la población se convirtió en un torrente caudaloso y devastador, y no se oía en Panchimalco "canto de gallo, mugido de buey, ningún animal alzaba su voz", dice el padre Escobar, mientras "la detonación arreciaba y se hacía más espantosa". En tales circunstancias, las casas se convirtieron en lagunas, "pues las tejas no contenían el agua", y se cayeron muchas viviendas mal construidas o viejas, así como la tapia del convento y la capilla, las paredes de la cocina conventual y en la pared Sur de la casa que sirvió de Hospital de Indios, levantada por el canónigo Mora en el siglo pasado, resultó una vertiente o manantial que inutilizó el edificio.

En la noche del día 17, se escucharon detonaciones como golpes a manera de sonoros cañonazos: eran, sin duda, las enormes rocas que rodaban de El Chulo por las quebradas y cascadas que por ese rumbo circunvalan a Panchimalco, y en medio del terror que infundían esos ruidos, los truenos y las furias del viento y de las lluvias, "cada instante era un día, cada día era un año" de angustias, según apunta el padre Escobar.

Entre las 19 y 20 horas, cayeron otras construcciones en la parroquia y se escuchó la voz aconjugada de un hombre que decía: "Levántense señores, que ha reventado el Temapache", nombre de una quebrada, explica el Pbro. Escobar, "por donde corrió la primera lava" de El Chulo o avenida de piedras, árboles, lodo y aguas.

"¡Qué sobresalto!, ¡qué poderoso el oír la detonación del choque de tantos peñascos!; pero éstas eran como las vísperas. A eso de las 11 de la noche, se dejó oír y aunque el viento arreciaba más su ruido..., no pudo apañar la detonación de la segunda lava que fue cuatro veces más que la primera. ¡Qué murmullo de peñascos! ¡Cómo se oían venir sobre el pueblo! ¡Una estremecida más en este suelo! ¡Qué angustia! Mi alma angustiada, desea haber podido salir para socorrer a alguien, pues me parecía que el pueblo había quedado la mayor parte sepultado bajo las piedras arrojadas por las orillas; pero en vano intentarlo: el agua apagaba la luz aun en linternas (y eran) el agua terrible y la oscuridad sepulcral. Había en la sala donde yo estaba, mis hermanas y otras familias, que al correr la primera lava vinieron grupos de hombres, mujeres y niños; no cabían ya en el convento de arriba, perdida una sala del otro; en tal aprieto di la absolución general a los que estaban conmigo y ¿a mí quién? ¡Sólo el bondadoso Dios!"

"Al venirse la correntada del pintoresco Chulo en el acto hubo un olor a pólvora quemada: esto, creo, dio ocasión a que dijeran que había reventado un vena de azufre; que corría una fuente azufrada; pero esto no fue así".

La tragedia fue espantosa. Un feligrés, sin proponérselo, la resumió así, cuando expresó al cura Escobar: "¡Ay, padre, todos mis hermanos se fueron en la corriente".

(Tomado de "El Diario de Hoy", de 2 de marzo de 1977).

XXXIV EL ORIGEN DEL LAGO DE ILOPANGO

Al Oriente de la Ciudad de San Salvador se abisma el grandioso escenario que, a manera de anfiteatro natural, sirve de marco majestuoso a la pintoresca laguna de Ilopango, depósito limnológico de 72 Kms. cuad., ubicado en la región triffinia de los Deptos. de San Salvador, Cuzcatlán y La Paz.

Las playas de Asino, Apulo y Cujuapa, las penínsulas de Zacatename, Cutename y Cutaliya (la primera ahora seccionada en islotes), las islas de Los Patos y Cerros Quemados y otros muchos accidentes topográficos, configuran este paradisíaco rincón de nuestra Patria, un día llamado a ser un complejo turístico de enormes posibilidades para la economía salvadoreña.

Las fallas escalonadas y concéntricas, que a manera de cantiles o acantilados limitan la gran cráter en cuyo fondo existe este piélagos lacustre, contienen las pruebas geológicas de su origen y las huellas

indudables de los fenómenos del volcanismo, que allí han tenido lugar desde los remotos siglos, en que emergía del fondo de los océanos el istmo centroamericano y en gigantesca lucha las tierras continentales trataban de sobreponerse a las masas marinas.

Sin embargo, respecto a los orígenes geológicos de esta hoya hidrográfica los autores nacionales y extranjeros han emitido diversas hipótesis, de las cuales proporciono la siguiente síntesis:

Para Jorge E. Squier (1853), en el lago de Ilopango se reconoce "evidentemente .. su origen volcánico", pues "parece haber sido un antiguo cráter", ocupante, por lo tanto, de un valle de hundimiento. Así, la hipótesis del geólogo de Buch, hace décadas descartada, halló en el lago de Ilopango un excelente ejemplo de apoyo

Para Maximilian von Sonnenstem (1857), el lago de Ilopango es de origen volcánico ; pero en torno de este supuesto desarrolla una pseudo-hipótesis científica: después de la extinción del fuego que consumió las entrañas del volcán que allí existía, el casco exterior de su cono (una costra de tierra a manera del cascarón de un huevo), se resquebrajó y precipitó en la hoquedad del cráter subterráneo, originando un abismo que llenado después por las aguas formó la laguna: ésta, finalmente, trabajó a través de las rocas pumíticas de la circunvalación del cráter de hundimiento un desagüe natural. A esta aberración anti-científica se sumó Manuel Fernández (1869).

Para Augusto Dollfus y Eugenio de Mont-Serrat (1866), el de Ilopango es de origen tectónico y fruto del taponamiento de un valle por deyecciones plutónicas, tal y cual ocurrió en la formación, dicen, de los lagos de Atitlán y Amatitlán.

Para Alberto Toufflet (1884), el lago de Ilopango "ha sido formado a consecuencia de uno o varios hundimientos".

Para Fernando Montessus de Ballore (1886), el lago de Ilopango es un gigantesco maare o "un gran cráter de explosión en medio de una masa profunda de aluviones volcánicos y cenizas sin consistencia".

Para Jorge Lardé (1923), el lago de Ilopango se formó "en un valle, a la par de plegamiento y hundimiento, constituido al mismo tiempo que del mar emergían las tierras salvadoreñas", en cuyo escenario han ocurrido posteriormente diversos fenómenos del volcanismo.

Para Carlos Sapper (1925), quien admitió la hipótesis de Lardé como la más científica, el lago de Ilopango "se halla en el fondo de un campo de hundimiento en medio de la sierra eruptiva costanera" (sierra de plegamiento); pero, con la adición, de que en su fondo "la corteza terrestre que está allí -acota Lardé-, tiene un movimiento de ascenso al cual se deben las erupciones, temblores y variaciones del Ilopango".

Para Daniel Basauri (1940), el lago de Ilopango es de origen volcánico y, aferrado a la desvirtuada hipótesis de Montessus de Ballore, cree que "tal vez no fue un solo, sino que fueron dos, los cráteres (de explosión o maares) productores del lago, distantes entre sí varios kilómetros".

- 3) Enrique Lardé (circa 1922), hizo un importante descubrimiento en el lago de Ilopango: la existencia en la fauna lacustre de espongiarios marinos. Estos no llegaron allí a través del curso del río Jiboa y de Desagüe sino que emergieron con el lago del fondo de los mares, y al adaptarse al nuevo medio ecológico, se convirtieron en unas de las raras especies de esponjas de agua dulce, conocidas en el mundo

"La cuenca lacustre -sentencia Jorge Lardé-, es pues, un valle de hundimiento, mas éste debe haberse verificado simultáneamente a la emersión de las tierras salvadoreñas, pues se encuentran en él esponjas cuyos antecesores no han podido haber remontado los ríos para llegar al lago".

El estudio de estos espongiarios de agua dulce, debería ser objeto de la investigación de nuestros biólogos

(Tomado de "El Diario de Hoy", de 27 de enero de 1977).



D. SANTIAGO I. BARBERENA

Antigua Guatemala: 30 de julio de 1851. San Salvador: 26 de noviembre de 1916.

Ingeniero, juriconsulto y enciclopedista. Autor de "Monografías Departamentales" (1909-1913), donde consigna datos referentes a la geología salvadoreña generalmente no confiables.

Foto publicada en "La Quincena", Año III. Tomo V, N° 49, de 19 de abril de 1905.

XXXV LAS LEYENDAS DEL LAGO DE ILOPANGO

- 1) En la antigüedad pagana, principalmente entre las naciones civilizadas de la América Central, los lagos eran reputados como oráculos de suma autoridad, y en derredor de ellos, los naturales erigían mambas, pirámides truncadas y templos y organizaban poderosos sacerdocios, para rendir culto a sus deidades y asegurar la supervivencia de sus ritos y supersticiones.

Uno de esos "lagos sagrados" en el de Ilopango, extenso y profundo, de aguas de un color azul-verdoso intenso y huésped de un escenario de compleja topografía que se desarrolla entre sierras y collados de extraordinaria belleza y exuberante vegetación.

Su nombre indígena, en lengua náhuatl, es una adulteración del topónimo Shilupangu (en azteca o mexicano, Xilopango) y significa: "valle de los jilotes". Proviene, en efecto, de shílut, xilotl, jilote o mazorca de maíz con granos tiernitos, inmaduros o perleados; pan, aféresis de teñan, tenamit, pared, muralla, seto; y gu, go. desinencia locativa. Ahora bien: el sufijo nango o pango, aféresis de tenango, se traduce por valle. Así, el cosmógrafo-cronista don Juan López de Velasco (1571-1574) dice que Antigua Guatemala se fundó en el "valle de Xocotenango, que quiere decir valle de frutas".

Xilonen o Shilunen era la deidad nahua de los jilotes o del maíz tiernito. A ella estaba consagrada una fiesta anual, en cuya celebración los festejantes daban de comer a los pobres y sacrificaban una doncella ricamente ataviada con los ornamentos distintivos de dicha divinidad.

- 2) No obstante el lago de Ilopango está asociado íntimamente con la leyenda de Xochiquetzal o "Hermosísima-Flor", que así relató el 17 de septiembre de 1856 el abate Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg:

"Yo he oído durante mi permanencia en Centro-América los maravillosos romances de que se compone la leyenda popular, con el mismo cuidado que las tradiciones históricas de que abundan aquellos países.

El lago de Xilopango (así como otras fuentes de su género, tan numerosas al pie de los volcanes) había sido consagrado primitivamente a los genios de las aguas. La antigua nación de los Toltecas, cuyos restos se dispersaron, en el duodécimo siglo, por diversas regiones, había llevado allá con su civilización, las numerosas divinidades a las cuales rendía un culto supersticioso.

Tlaloc era adorado en México, como el dios del Rayo y de la Tempestad que precede a la lluvia fecundadora; su mujer Xochiquetzali, llamada en Tlaxcala Matlalcuaya, o la señora del vestido azul, participaba de sus honores, y a ella era a la que particularmente rendían sus homenajes muchas comarcas de la América Central.

Cada año, en la época en que las milpas o plantillas de maíz estaban ya para sazonar, se hacía a la diosa el sacrificio de cuatro mujeres jóvenes elegidas entre las familias nobles del país; se les adornaba con trajes

de fiesta, se les coronaba de flores y se les conducía en ricas andas a la orilla de las aguas sagradas donde se hacía el sacrificio.

Los sacerdotes vestidos de largas túnicas flotantes, con la cabeza ceñida por una mitra de plumas, marchaba delante de las andas llevando en las manos los bracerillos metálicos (isic!) en que se quemaba el incienso de copal.

La villa de Xilopango, célebre por su templo, estaba inmediata al lago del mismo nombre, cuya etimología hace alusión a las mazorcas de maíz tierno (xilotl, grano de maíz tierno), estaba dedicado a la diosa Xochiquetzal a quien se ofrecían las jóvenes víctimas, como precipitándolas al abismo desde la cima de la roca.

En el momento de hacer tan inhumano sacrificio, los sacerdotes se dirigían a cada una de las cuatro vírgenes: para disipar de su imaginación el horror a la muerte, les hacían un risueño cuadro de las delicias que ellas iban a gozar en la sociedad de los dioses: y les recomendaban que no se olvidasen de la tierra de donde habían salido, suplicando a la divinidad donde se les enviaba, que fuese propicia para las próximas cosechas.

Se refiere que, en los últimos tiempos, cuando ya se difundió por todas partes la noticia de la conquista de México por los españoles, una de esas jóvenes temiendo la suerte que se le preparaba a la vista de sus compañeras que acababan de desaparecer sobre las aguas, protestó contra su destino, y amenazó a los sacerdotes con que en vez de aplacar a los dioses, excitaría su cólera contra la nación si se le hacía perecer. Sus palabras (según dicen) tuvieron el efecto que ella esperaba y el pueblo espantado impidió que se le precipitase al agua".

Alguien ha creído, que desde el borde de la anticua Peña del Eco en el lago de Ilopango, eran lanzadas las doncellas pipiles, víctimas de este fatal e innecesario sacrificio

(Tomado de "El Diario de Hoy", de 28 de enero de 1977).

XXXVI ANTIGUAS REFERENCIAS SOBRE EL LAGO DE ILOPANGO

- 1) Un accidente geográfico tan visible, como el lago de Ilopango, mereció frecuentes citas en documentos y crónicas de la colonia y de las primeras décadas del régimen republicano.

El oidor Lic. Diego García de Palacio, en 1576, refiere que cerca de la ciudad de San Salvador se encuentra la laguna de Ilopango, "de poco fruto hasta ahora, (pues) aunque (los españoles) han echado algunas mojaras no (ha) habido pescado de momento" y que "cuentan los naturales indios antiguos que solía haber en ella culebras de extraña grandeza" o mazacuatas.

Empero, en 1586, fray Alonso Ponce observó que en la laguna de Ilopango "se pescan muchas y muy buenas mojaras".

Por 1625 fray Antonio Vásquez de Espinosa notó que en la "muy grande laguna (de Ilopango) se pesca cantidad de pescado y mojaras para el sustento de sus vecinos"

En 1740 don Manuel de Gálvez Corral habla de "una amenísima laguna que llaman de Xilopango" y que ésta sirve a los vecinos de los pueblos perilacustres "para pescar, que de esto tienen crecida utilidad".

En 1770 monseñor Dr. Pedro Cortés y Larraz llama a este depósito lacustre "laguna de Texacuangos" y dice que de ella los indios se proveen "de pescado... y sacan mucho dinero"

En 1807 don Antonio Gutiérrez y Ulloa expresa que la laguna de Ilopango "está situada en la falda de los montes Texacuangos" y que no posee "otra pesca que la mojarra, de (aguas) de mala calidad y fetidez durante los vientos nortes". Agrega, que el pueblo de Soyapango "pudiera estar mejor poblado, si no usasen con tanto exceso la mojarra de la laguna de Ilopango".

En 1808 el Pbro. y Br. Domingo Juarros consignaba que en la provincia de San Salvador "son notables los lagos de Texacuangos y Gilopango", pero se trata de una misma cuenca lacustre con dos nombres diferentes.

2) En 1839 el Ing. John Baily halló que el agua de la laguna de Ilopango es clara y hermosa, pero que no era potable ni útil para usos domésticos.

En 1853 Jorge E. Squier escribió sobre esta hoya hidrográfica que "está rodeada de altas y escarpadas colinas de escorias y piedras volcánicas. Cuando está quieta, refleja lo mismo que el mar, el color azul del cielo; mas cuando se agita adquiere un color verde que el vulgo llama con propiedad color de perico (papagallo verde) y exhala un olor a azufre, bastante desagradable, que aumenta a medida que sopla el viento. Cuando el agua se mueve así, las pepescas y mojarras se cogen en gran cantidad, en otros tiempos son escasas".

El 6 de noviembre de 1857 se sintió un violento sismo en Cojutepeque, a la sazón capital accidental de la república, e igualmente en Santa Cruz Analquito, San Juan y San Miguel Tepezontes, San Pedro Nonualco, Santa María Ostuma y aldea del Jilón (hoy Candelaria), es decir, en la región oriental del lago de Hopango. Los moradores de dicha área, unánimes y conformes, afirmaron que el movimiento terráqueo se había originado en el fondo de ese depósito lacustre, en o muy cerca del cerro Cuscus.

En 1866 Augusto Dolffus y Eugenio de Mont-Serrat hallaron que "sus aguas son muy profundas, dulces, abundantes en pesca, las cuales escapan por una torrenta estrecha y muy encajonada, que comunica con el río Jiboa".

En 1879 el Lic. Manuel Cáceres hizo varios sondeos, el más profundo de los cuales acusó 1.500 pies, o sea 456 metros; y debido a esta peculiaridad, las grandes profundidades del lago, "entre los pescadores está muy válido -dice el Lic. y Cnl. Manuel Fernández- que es insondable, con especialidad al medio y hacia el Sur"

El 19 de marzo de 1873 se produjo un tremendo macrosismo que arruinó totalmente a San Salvador y el Dr. David J. Guzmán, en una carta dirigida al diario "Americano", de París, hacía notar que el foco capital de los temblores existía en el lago de Ilopango y que allí debía operarse un considerable trabajo subterráneo, con visibles tendencias a hacerse luz a través de las profundísimas aguas de dicho lago.

Ciertamente, el lago de Ilopango iba a ser escenario de los célebres movimientos telúricos de fines de 1879 y de les eruptivos de principios de 1880, que culminarían con el aparecimiento de los Cerros Quemados, fenómeno geológico insólito en los anales de Centroamérica

(Tomado de "El Diario de Hoy", de 1? de febrero de 1977).



D. ALBERTO LUNA

Atiquizaya; 12 de abril de 1856. Santa Tecla: 19 de septiembre de 1922.

Médico-cirujano e historiador. Publicó interesantes crónicas y efemérides, algunas sobre fenómenos volcánicos y sísmicos. Su obra, de difícil consulta, está dispersa en diarios y revistas. Foto publicada en "La Quincena", Año III